

el monstruo de las doce cabezas

Érase una vez un rey y una reina cuyo mayor don era su único hijo de 15 años, llamado Teodoro.

Desde sus primeros años lo enseñaron a cabalgar y a disparar con el arco y tenía gran destreza en ambas artes.

Un día, mientras practicaba con el arco, perdió de vista una de sus flechas. Como había visto la dirección que tomaba, se fue a su padre a pedirle su caballo más rápido y dinero para salir en busca de su flecha.

Su padre le dio el dinero y permiso para llevarse el mejor caballo de los establos, que el chico montó feliz y se puso en camino a todo galope.

Cuando llevaba cabalgando un largo trayecto el sol comenzó a ponerse en el horizonte y se encontró en una pradera llena de flores. Detuvo a su caballo y, de pie sobre los estribos, fue capaz de distinguir su flecha clavada en el suelo. Desmontó y fue rápidamente al lugar y, cogiendo la flecha con ambas manos, con gran dificultad consiguió sacarla, dejando un gran agujero en el terreno donde había estado clavada. Al mirar al agujero vio, en el fondo, un buen ejemplar de toro que llevaba clavada en el lomo una espada con una carta. Con gran sorpresa al ver todo esto, abrió la carta y leyó:

“Aquel que encuentre este toro y le dé tres bocados de trigo y un galón de vino y continúe haciendo esto diariamente, recibirá del toro el poder de recobrar la vida, independientemente de las veces que muera. Esta espada convertirá en piedra cualquier objeto animado o inanimado”

Conduciendo el toro y atándose la espada, el chico continuó su camino.

Al llegar la noche llegó a una ciudad y pidió cama y comida a una anciana que encontró. Pidió para él una jarra de agua y para el toro un galón de vino. La anciana lo alimentó a él y a sus animales y le dio el vino solicitado al toro. Dijo que no tenía agua y que en toda la ciudad no había nada más que una fuente que estaba a las afueras, pero que esta fuente la guardaba un monstruo de doce cabezas. Cualquiera que necesitaba agua, debía sacrificar una joven doncella para saciar su apetito.

Le dijo también que al día siguiente era el turno del rey, que debía sacrificar a su hija y que el rey había hecho un llamamiento al respecto, prometiendo inmensas riquezas al que lograra matar al monstruo y salvar a su hija, además de darle la mano de la doncella como recompensa.

El joven príncipe, al oír todo esto, le pidió a la anciana que lo despertara al amanecer y que le diera sus jarras de agua y que él se las llenaría sin dar nada a cambio al monstruo. Ella se lo prometió y entonces él se durmió profundamente.

A la mañana siguiente la anciana lo despertó y, tomando su espada, su arco y sus flechas y las jarras de agua, se puso en camino hacia el pozo. Al llegar allí vio a la joven princesa llorando, a la espera de ser devorada por el monstruo.

El joven le dijo: “He venido a liberarte de las fauces del monstruo, pero con una condición: que me dejes sentarme a tu lado, poner mi cabeza en tu regazo y, si me duermo, no me despiertes hasta que el monstruo aparezca”

La muchacha estuvo de acuerdo y, sentándose al lado de ella, el joven puso la cabeza en su regazo y enseguida se durmió. Cuando el monstruo apareció, la chica estaba tan aterrorizada que no fue capaz de despertarlo, sino que se puso a gritar y a llorar desesperadamente. Dando un salto, el joven vio al monstruo delante de él. Cogiendo su arco, se colocó delante de la muchacha y el monstruo, al ver esto, gritó: “Apártate y déjame coger a la chica”, pero el muchacho se negó, a la vez que tensaba la cuerda del arco y lanzó una flecha a la cabeza que estaba más cerca de él. El monstruo aulló de dolor y lanzó una segunda cabeza hacia delante. Entonces comenzó una terrible pelea. La única defensa del muchacho era su valor y su arco, pero el monstruo tenía doce cabezas y un aliento envenenado.

Pelearon hasta el atardecer. Al llegar la noche el chico casi no se podía mantener en pie por la fatiga, había roto su arco y sólo le quedaba una flecha. Mientras tanto, al monstruo sólo le quedaba una cabeza de las doce que tenía.

Entonces el muchacho tomó un mechón del cabello de la doncella, que estaba muerta de terror, y con él ató su arco destrozado y logró recomenzar la lucha. Al final logró salir victorioso, pero cayó desmayado por la gran pérdida de sangre.

Mientras ambos jóvenes yacían desmayados al lado del pozo, llegó un cingaro que estaba al servicio del rey, a buscar agua. Viendo el monstruo aniquilado y que la princesa no estaba muerta, sino solamente desvanecida, le arrojó agua por encima, lo que logró reanimarla. Le preguntó quién había matado al monstruo y la doncella señaló a Teodoro, que parecía muerto. Rápidamente, cogió la espada del muchacho y descuartizó en cientos de trozos. A continuación cogió las doce cabezas con sus lenguas del monstruo y, encargándole a la muchacha que no le dijera al rey quién había llevado a cabo la proeza, la acompañó al palacio de su padre. Antes y, sin que el cingaro se diera cuenta, la muchacha dejó caer un anillo y un pañuelo al lado de los restos del muchacho.

Cuando el rey vio a su hija aproximarse, le embargó la alegría y quiso saber el nombre el que la traía. “He sido yo, poderoso rey”, dijo el cingaro con orgullo. “¿Puede ser esto cierto?”, preguntó el rey. “Sí, es cierto”, contestó la muchacha, temblorosa.

Aunque al rey no le gustaba el hecho de que el que le devolvía a su hija fuera un cingaro y un esclavo, se vio en la obligación de cumplir la promesa que había hecho, de dársela como esposa.

Mientras tanto, los restos de Teodoro seguían esparcidos al lado del pozo y la anciana que lo había alojado fue hacia el establo para alimentar y dar de beber al toro. Al verla, rechazó todo alimento diciéndolo que necesitaba agua y no vino, y que ella lo debía conducir hacia el pozo. Ahora que el monstruo ya no existía, todo el mundo podía beber agua en paz. Le dijo que debía llevar con ella un puñado de sal.

Pronto llegaron al pozo y la anciana, al ver los restos de lo que una vez había sido el valiente muchacho, comenzó a llorar. Pero el toro le dijo: “No te apenes de esa manera, sino haz lo que te digo: coge trozo a trozo y colócalos juntos, como si

estuviera con vida". Obedeciendo, recompuso el cuerpo del joven y entonces el toro se puso a lamer el puñado de sal y a continuación al joven. Cada vez que lo tocaba con su lengua, las marcas de la espada desaparecían y, al respirar y lamerle la cara, Teodoro abrió los ojos y exclamó: "¿Cuánto he dormido?", a lo que la anciana respondió. "Habrías dormido más si el toro no te hubiera devuelto la vida".

Al muchacho todo le parecía un sueño y, solamente cuando el toro le explicó todo lo que había ocurrido, entendió por qué la muchacha no estaba ya a su lado.

Miró entonces a su alrededor y vio el anillo y el pañuelo que ella había dejado caer, los cogió y volvió a la casa de la anciana.

Al día siguiente el rey proclamó que la ceremonia nupcial de su amada hija con Burcea, el cingaro, se llevaría a cabo en ocho días, y a ella estaban invitados todos los reyes y nobles de los alrededores.

Mandó llamar al sastre de la corte y encargó vestimentas adecuadas para su nuevo rango para su futuro yerno. Ordenó también a su tesorero que le pagara a Burcea cualquier suma de dinero que éste solicitara.

El día señalado los invitados se reunieron en el Palacio Imperial, pero no estaban contentos de que un feo y maleducado cingaro hubiera obtenido la mano de una princesa tan bella y de tan buena cuna.

Entre todos ellos, el que más apenado estaba era el propio rey, con excepción quizás de su hija, que se reprochaba no haber sido capaz de desafiar al cingaro y contarle la verdad a su padre. El único que estaba feliz era Burcea.

En aquellos lejanos días era costumbre que, para el matrimonio de la hija del rey, cada invitado ofreciera sus presentes de acuerdo con sus medios y condición, por lo que Teodoro pidió a la anciana que le hiciera un pastel para llevárselo al palacio como regalo. Ella aceptó gustosa y comenzó a prepararlo. Cuando estaba listo para meterlo en el horno, el muchacho introdujo el anillo en el centro de la tarta y lo cubrió con más pasta.

El pastel se coció, se envolvió en una servilleta limpia y fue entregado por la anciana a la puerta del palacio. Su vestimenta era tan vieja y remendada que los sirvientes le prohibieron entrar, pero la princesa, que la vio por la ventana, dio orden a sus criados de que la admitieran en el palacio y la trajeran ante su presencia.

Eso se hizo, y el pastel fue ofrecido con humildes deseos de futura felicidad. La princesa lo tomó y lo partió, encontrando, con gran sorpresa, el anillo dentro de él. "¿Quién ha puesto el anillo dentro del pastel?", preguntó la doncella a la anciana. "Ha debido ser el apuesto joven que se aloja en mi cabaña", dijo ella, "Aquél que fue hecho pedazos a manos de tu siervo el cingaro, pero que fue devuelto a la vida por su amigo el toro".

"Toma este monedero lleno de dinero para ti", dijo la princesa, "y vuelve rápidamente a tu casa, dile a mi salvador que venga aquí, que lo espero"

La anciana se apresuró a cumplir el deseo de la princesa y el príncipe, lleno de felicidad, cogió su espada y el pañuelo de la muchacha y se puso en camino hacia el Palacio Imperial.

Al llegar al salón de la recepción, vio un grupo de nobles y, en el centro, a Burcea el cingaro, inflado de orgullo, y creyéndose a sí mismo tan poderoso como un gran Visir. El joven pasó por allí rápidamente, hasta que dio con los aposentos de la princesa, que estaba recostada. Al verlo, dio un salto y se echó en sus brazos, gritando: "Este es mi verdadero salvador".

Una gran muchedumbre rápidamente los rodeó y Teodoro, en voz alta y clara dijo:

"Es cierto que yo soy el salvador de esta doncella, que iba a ser devorada por el monstruo del pozo. Yo fui quien lo maté y esto la liberó, pero me desmayé de cansancio y por la pérdida de sangre y entonces, un siervo del rey que llegó al pozo, viéndome en ese estado, me hizo pedazos con mi propia espada y amenazó a la doncella con matarla si decía la verdad, apropiándose al mismo tiempo de las pruebas de la destrucción del monstruo. Si no hubiera sido por el toro, que disfruta del poder de devolver la vida a los muertos, ahora estaría en la tumba. Viendo que muchos hombres sabios se encuentran aquí y, sabiendo que hay sabiduría a raudales en este lugar, ruego a todos los presentes que juzguen y condenen al culpable".

"Muerte al traidor", gritó la multitud.

El rey, llamando a sus sirvientes, les ordenó que trajeran dos caballos de los establos, uno que hubiera sido criado en la montaña y otro en las llanuras y atar a Burcea el cingaro a ambos. Sus órdenes fueron cumplidas y los caballos, al verse libres, comenzaron a galopar en direcciones opuestas, destrozando al embustero.

Entonces fue cuando comenzó el verdadero júbilo, aunque la boda y las celebraciones fueron pospuestas hasta la llegada de los padres de Teodoro que lo abrazaron y lloraron de alegría y orgullo por haber mostrado su nobleza.

Le construyeron a él y a su joven esposa un magnífico palacio y, a la entrada de sus posesiones, dispusieron un pozo de la más pura agua, que estaba guardado y custodiado por un gigantesco toro de mármol.